

1636. consiguió apoderarse de ella, y se persuadió de que no bastaba la fuerza para someter á la China, sino que se necesitaba además estar iniciado en aquella civilización particular. En su consecuencia envió á su hijo á que aprendiese en secreto la lengua, usos y ciencias de los Chinos. Este príncipe, que le sucedió bajo el nombre de Tsungte, excitó la admiración de los suyos, se atrajo el afecto de los mandarines y generales chinos. Había aprendido el arte de ganarlos, al paso que Hoai-tsung, hermano y sucesor de Hi-tsung (1628), con su carácter sombrío y su avaricia, se enajenaba los ánimos y aumentaba el número de las deserciones.

1641. Los Tártaros se habían dividido en dos cuerpos: el uno, mandado por Chang-ien-chung, penetró en las provincias occidentales, donde ejecutó las mayores crueldades; el otro, dirigido por Li-tse-ching, invadió las provincias del Norte, destruyó á Hai-fun-fu, capital del Ho-nan, y prosiguió el curso de sus victorias, matando á los mandarines, pero absteniéndose de ofender al pueblo, lo que le proporcionó gran número de prosélitos; tanto que de jefe de bandas se hizo proclamar emperador. Habiendo puesto sitio á Peking, se apoderó de la plaza al cabo de tres días, obrando de acuerdo con varios de los sitiados. El emperador Ming, ocupado en sus devociones y sin cuidarse de lo que pasaba, en cuanto supo que la ciudad había sido tomada, salió en busca de una muerte generosa; pero viéndose solo y sin esperanza, se retiró al jardín y escribió con su sangre estas palabras. « Los mandarines han hecho traición al emperador, por lo cual merecen la muerte, y será justo que la sufran. No se impongan castigos al pueblo porque no es culpado, y sería injusto hacerle daño. He perdido el reino que había heredado, y en mí concluye la raza real que se había prolongado en tantos reyes ascendientes míos. Cerraré, pues, los ojos para no ver á mi imperio destruido ó dominado por un tirano; me quitaré la vida para no deberla al mas indigno de mis súbditos. » En seguida se ahorcó, y lo mismo ejecutaron el primer ministro, las emperatrices y los eunucos mas fieles.

1644. Li-tse-ching se encarnizó con los cadáveres y con los vivos; pero U-san-kuei, general de los Ming, que aun se sostenía, prefiriendo el extranjero al usurpador, invitó y proclamó emperador al rey tártaro Tsung-te, que fué y venció. La muerte le impidió gozar de su triunfo. Su hijo Chun-si, de edad de seis años, verificó su entrada en Peking, donde fué saludado por el pueblo como su libertador, exclamando: *¡Qua viva diez mil años!* Así subió al trono la dinastía de los Tártaros manchúes, aun reinante.

El último emperador de los Ming había favorecido el Cristianismo, y muchos Jesuitas que se hallaban presentes á la catástrofe de aquella estirpe, nos la han descrito, informándonos de la condición del imperio. La China se dividía

entonces en quince reinos, con 4,402 ciudades amuralladas, tanto del orden civil como del militar, algunas de ellas situadas entre rocas inaccesibles y que obedecían á príncipes independientes. Los caminos públicos por mar y tierra desde Peking á las extremidades del territorio abrazan una extensión de 1,145 jorjadas, en cada una de las cuales hay un hospicio, donde los mandarines que viajan por asuntos del servicio, son tratados á expensas del emperador con una suntuosidad proporcionada á su clase. También allí son alojadas otras personas á quienes concede esta gracia el emperador, y los correos encuentran caballos y todo lo necesario para acelerar la marcha. Se contaba en aquella época en China 59.788,364 individuos varones, comprendiendo solo á los que cultivaban las tierras ó pagaban el impuesto al emperador; 902,000 soldados guardaban la muralla, con 389,000 caballos; y 768,000 estaban diseminados en tiempo de paz en lo interior del país con 565,000 caballos, tanto para las tropas como para el servicio de las postas. Ingresaban en el tesoro todos los años 13.600,000 escudos de plata (ó mas bien onzas de siete francos, cincuenta céntimos), sin contar los derechos sobre todo lo que se compraba ó se vendía, el producto de algunos millones que el emperador colocaba á un interés muy crecido, la renta de las tierras, bosques y jardines reales, y los muchos millones procedentes de confiscaciones, que todo podía ascender á una suma igual; además de 1.823,962 escudos de renta asignada á la emperatriz. A todo lo cual conviene añadir 43.328,834 sacos de arroz y de cebada que se llevaban á los almacenes de la corte; 1.315,137 panes de sal de cincuenta libras cada uno; 258 libras de minio; 94,737 de barniz; 38,550 de frutas secas; y en los guardaropas 1.655,432 libras de seda de varios colores y de diferente hilo; 476,270 piezas de seda ligera para el verano; 272,903 libras de seda cruda; 396,480 piezas de algodón tejido, y 464,217 libras en rama; 56,280 piezas de cáñamo; 41,470 sacos de habas, en lugar de avena para los caballos imperiales; 2.598,583 haces de paja de á quince libras, cuyo número se aumentó considerablemente en tiempo de los príncipes tártaros á causa de la gran cantidad de caballos que mantenían. Deberían también contarse los muchos objetos que recibe la corte á título de cánon, como bueyes, carneros, gansos, patos, pollos, caza, ciervos, osos, liebres, jabalíes, pescado fino y legumbres de todas clases; lo cual parece diariamente un mercado.

Tomamos estos pormenores del padre Gabriel Magalhan, que vivió veintinueve años en aquella corte y pasó ocho en recorrer el país; pero el padre Martin Martini (1) eleva á 150.000,000 de escudos la renta total, á 110.728,787 las familias, y á 58.917,683 los individuos varones de las clases indicadas, variando también en las demas rentas, quizá por la diferencia de tiempos.

(1) *Atlas sinensis* Ambéres, 1634.

Al paso que, en tiempo de los primeros Mongoles, se había adquirido conocimiento de muchos países, cuando las dinastías establecidas en Persia y en el Kapchak reconocían la soberanía de la que reinaba en China; bajo los Ming, cuya dominación se extendía poco hácia el Occidente, la geografía no progresó, pues en China jamás se miró esta ciencia como objeto de un estudio abstracto, sino como una rama de la administración. La dinastía de los Ming no dejó, por lo demás, huellas duraderas por carecer de vigorosas instituciones sociales y de defensa contra ataques decididos, á los cuales es quizá imposible resistir la China, en atención á que todos los conquistadores solo han pensado siempre en mantener sometido el país por la fuerza, de donde resulta que la autoridad permanece en la superficie, sin poder sostenerse contra el embate de serios peligros, porque jamás se fundió con los gobiernos.

CAPÍTULO XXI

Dinastía XXII. — Los Tai-tsing. — Misiones en la China.

El idioma de los Manchúes (1) indica su indentidad con los Tontuses actuales, y su procedencia de la antigua estirpe de los Yu-chin, dispersa por Gengis-kan. Sobreviven de esta quizá en Asia 3 ó 4.000,000 al Norte y al Nordeste en las vastas llanuras que se extienden entre Angora, el Mar Glacial, el lago Baikal y las posesiones de los Yakutis en la Siberia Oriental; al Sudeste, en las orillas del Amur y en la Manchuria, reunidas en el día al imperio chino. Las pocas personas que se encuentran en la China, propiamente dicha, sin contar los Manchúes, han abrazado el buddismo; los demas veneran supersticiosamente los espíritus.

Diferentes hordas de la familia Manchú se constituyeron en nación hácia el año 1520 á las órdenes de Aisin-Giyoro, que habitaba en las cercanías de las montañas situadas bajo el 43° paralelo y el 147° de longitud. Habiéndose aumentado en el curso de un siglo por la reducción de varias tribus, sacudieron toda dependencia de los Chinos, y proclamaron emperador á Tai-tsu: despues prosiguieron con la alternativa de victorias y derrotas que ya hemos referido; pero probablemente no se habieran hecho dueños del imperio del Medio, si las discordias intestinas no les hubiesen abierto la puerta.

1644. El jóven emperador Chun-si empleó un año en subyugar las provincias septentrionales, acercándose siempre á la capital, sin cuidarse

(1) El ilustre sinólogo Schmidt, en el mes de abril de 1831, leyó á la Academia de Ciencias de Petersburgo una memoria para probar que el nombre de Manchúes, desconocido á los antiguos historiadores, se deriva de *Mandschus'ri*, nombre que designa en lengua tártara el principio de la sabiduría de Budda, y que fué aplicado á los Tártaros despues de su conversión al buddismo.

de las plazas fuertes que dejaba á sus espaldas, y decidido á someter también las provincias del Mediodía, subyugó la Corea, y en Nankin se apoderó del último vástago de los Ming, al que mandó degollar. No permitió el miedo á los Chinos pensar en atrincherarse en sus inaccesibles montañas; sin embargo, algunos resistieron; otros se portaron como monstruos: por ejemplo, Chan-hien-chong, que cuando uno delinquía, hacía dar muerte á todos los que habitaban en la misma calle que el culpado. Mandó degollar á diez mil letrados diciendo que excitaban al pueblo con sus sofismas; al salir de Ching-tu-fur ordenó llevar á campo raso y asesinar á sesenta mil habitantes, y pareciéndole que las mujeres eran un estorbo en el ejército, dispuso que los soldados las degollasen, y él mismo dió el ejemplo, privando de la vida á trescientas de las suyas. Se proclamaba partidario celoso del Cristianismo, y decía que una vez conseguido el imperio, construiría un templo magnífico á Dios, alabándose de haber inmolado veinte mil bonzos, porque uno de ellos había excitado la persecución contra los Cristianos. Los Tártaros usaban también de un rigor excesivo con los vencidos: en Kienning pasaron á cuchillo á trescientas mil personas.

Las tropas al servicio del emperador están distribuidas en ocho banderas de diversos colores; y cuando alguna ó todas tienen que ponerse en marcha, se toca un cuerno, y se reconoce por el sitio donde suena y el modo de tocarlo, cuáles son los jefes y los soldados que deben marchar, y en qué número. Van, sin saber adónde, excepto el general, siendo el secreto el principal arte de los Tártaros, lo que no desconcertó poco á los Chinos, que los encontraban siempre donde ménos creían. Añádase que no llevan consigo trenes ni bagajes, ni se cuidan de provisiones, comiendo lo primero que han á las manos. A veces emprenden cacerías al estilo de las hordas de Gengis-kan, rodeando una montaña ó una llanura, y despues estrechándose hácia el centro, donde encierran á todos los animales. La tierra es su lecho; duermen sin mas abrigo que los caparazones de sus caballos, y en un abrir y cerrar de ojos plantan y quitan sus tiendas. Les agrada tanto esta clase de habitaciones movibles, que hacen algunas admirables por el trabajo; duermen bajo de ellas, y siempre que se ven precisados á acostarse en las casas, derriban las paredes exteriores, dejando apenas lo indispensable para sostener el techo.

Con ejércitos tan endurecidos en la fatiga, Amavang, tío y tutor de Chun-si, primer instrumento de la conquista del imperio, sometió las provincias del Norte, y despues envió á conquistar y regir las del Mediodía. Canton, grande y opulenta ciudad, rodeada toda de aguas, á excepción de un istmo, y con buena guarnición, fué la única que resistió, gracias al famoso pirata Chin-si-long. Hijo este de padres pobres, había

ido á Macao con los Portugueses, donde se hizo Cristiano; luego en el Japon fué empleado en casa de un mercader que le confió barcos, con los cuales trabajó en Cochinchina y en Camboya por cuenta de varios negociantes. Habiendo muerto estos de resultas de una peste terrible, se apoderó de su hacienda con ayuda de falsos testamentos, y para no tener que rendir cuentas, se hizo pirata y disputó con otro que infestaba entónces aquellos mares, hasta que consiguió vencerle y darle muerte, lo que duplicó sus fuerzas. Los emperadores, á quienes llegaban á cada momento quejas de los mercaderes que despojaba, sintiéndose impotentes para reprimirle, se veían reducidos á halagarle. Por otra parte, su oro hacía que los eunucos le representasen como un bienhechor del reino, y le preconizaban como tal á los que se quejaban de los males que padecían por su causa. Una vez descontento de los oficiales reales de Canton, que no le pagaban ciertos sueldos, desembarcó 5 ó 6,000 hombres en un ciudad de 200,000 almas. Erigió en la plaza un tribunal, ante el cual citó á los funcionarios, los obligó á pagar, hizo extender el recibo y se volvió sin cometer otros excesos.

Receloso de los Portugueses que residían entónces en Formosa, los amenazó con arrojarlos de aquella isla; pero ellos le enviaron una humilde embajada, prometiéndole treinta mil escudos al año, y entre otros regalos una corona de oro y un cetro, además de todas sus fuerzas cuando le conviniese emplearlas. Hay quien le acusa de haber aspirado al imperio, al paso que otros ven en él un ejemplo de fidelidad á la desgracia, como si hubiese querido salvar la patria del yugo extranjero. Hizo, en efecto, proclamar á un niño de la raza de los Ming, y reuniendo dicen, 3,000 buques, protegió el comercio de las Indias, y resistió á las seducciones de los Tártaros como también á su propia ambición. Apoderáronse de él los Tártaros por sorpresa y le condujeron á Pekin; su hijo Qui-sing-kong (*Cosinga*) permaneció anclado para vengarle en las cercanías de Canton; pero esta ciudad, despues de haber resistido un año, se vió obligada á ceder á una terrible batería de cañones y á la traición; la matanza que tuvo que sufrir le costó mas de 10,000 habitantes: espantoso ejemplo que produjo la rendición de las demas plazas.

Amavang, uno de los insignes, y como se diría entre nosotros, gloriosos conquistadores, el cual mató mas gente que todos los héroes de Europa, murió al año siguiente; pero habiéndose esparcido la voz de que llevaba intenciones de trasladar el cetro á su familia, su memoria fué infamada, y se cortó la cabeza á su exhumado cadáver.

Chun-si, su pupilo, diferente de los últimos reyes Ming, que vivían encerrados en los palacios entre mujeres y bonzos, se mostraba con frecuencia en público y daba acceso á todos. Conservó por lo demas la antigua forma de go-

bierno y los usos nacionales, hasta el punto de prohibir á los Chinos aprender el tártaro. Los seis tribunales continuaron, solo que tuvieron presidentes tártaros, y se reunieron todos en Pekin, única capital del imperio. Todo cuerpo de tropas en las provincias estaba compuesto por mitad de Chinos y de Tártaros; así, ambas naciones se contenían mutuamente, ninguno estaba privado del poder civil ni del militar, y la conquistadora podía engrandecerse sin debilitarse, y resistir á las guerras civiles extranjeras.

No siendo los Manchúes capaces de dirigir los negocios, se vieron obligados á confiarlos á eunucos ó á letrados, dos partidos que prevalecieron alternativamente, y se esforzaron en alejar toda influencia extranjera, capaz de turbar su dominación. No lograron sin embargo, evitar en el país las revoluciones religiosas.

Ya hemos podido ver que la China considera la escritura como una revelación por excelencia, y que desde luego hace consistir la sabiduría en la inteligencia de los libros sagrados. Esta es la única distinción que existe en el país. No se conoce otra jerarquía que la mayor ó menor capacidad en la interpretación de las escrituras sagradas, que todas tratan de moral y de gobierno. Resulta, pues, un pueblo eminentemente racionalista, incapaz de todo movimiento sublime y de grandes acciones, esclavo de las supersticiones de la forma y de un ceremonial mezquino. Este vacío de la revelación china provocó una reacción de creencias extranjeras, cuales fueron las del buddismo. Pasóse entónces de las doctrinas extremadamente positivas á las que negaban hasta la existencia; de las que reducían la religión á un sistema de economía política á las que separan al hombre de la sociedad para sumergirle en la contemplación; de aquellas en que la vida pública está constituida sobre la doméstica, estableciendo por primer deber el vínculo entre los padres y los hijos, á otras que ensalzan el celibato y la vida claustral. Lo que hay de mas singular es que dos enseñanzas tan evidentemente opuestas no impidieron al imperio permanecer apoyado en las antiguas bases de la política de Confucio, efecto de la indiferencia profunda, connaturalizada en aquella sociedad y que no distingue de creencias, con tal que se dirijan á hacer al hombre virtuoso.

Si los nestorianos habían introducido algunas ideas del Cristianismo en la China (1), es lo cierto que no quedaba de él ningún vestigio, cuando Roma, deseosa de extenderlo por todas las comarcas nuevamente descubiertas, quiso también que penetrara la verdad allí donde los negociantes se empeñaban en introducir sus mercancías. Los Jesuitas, que era entónces la milicia mas celosa de los progresos de la religión, ofrecieron sus servicios. Habiendo muerto Javier al encaminarse hácia aquellas comarcas, el superior de las misiones, residente en Ma-

(1) Tomo. III, pág. 413.

ca, hizo inútilmente otras tentativas; al fin el Napolitano Gabriel Roger entró por la primera vez en 1581; lo verificaron en seguida el Boloñés Pasio y Mateo Ricci de Macerata. Instruidos en las costumbres y en la lengua del país, ganaron á los magistrados con regalos, y consiguieron por su asiduidad y servicios ser tolerados en Canton; despues se les permitió establecerse en Chao-king. Ricci se fijó allí: versado en las matemáticas, se captó la estimación de los mandarines; les hizo un mapamundi que excitó en ellos una sorpresa mezclada de incredulidad, al ver el corto espacio de la tierra que ocupaba su imperio; si bien Ricci, para no chocar de frente con sus preocupaciones, colocó á la China en el centro. Siguió en todo el mismo sistema de condescendencias, y fué origen de los felices resultados obtenidos con los Chinos, y de las contradicciones que se suscitaron despues por parte de los Europeos.

Vestido de doctor, pasó siete años en la China para iniciarse en las costumbres, doctrinas y difíciles ceremonias de sus habitantes, y progresó tanto en aquella lengua, siempre erizada de dificultades, pero reputada entónces incomprensible, que su *Tian-chu-chi* fué colocado en la categoría de los libros clásicos. Al mismo tiempo enseñó la música, y sus arias contienen una exposición de la doctrina cristiana. Distribuyó retratos suyos, del rey, del papa; pero siempre en el acto de adorar á Cristo. Esforzóse en introducir el Cristianismo en el catecismo chino, adoptando la moral, ya en uso en el país. Cualquiera que haya sido el éxito, la intención era buena, y obrando de otro modo no hubiera podido sostenerse en medio de una nación tan hostil á los extranjeros, y tratar de establecer allí una Iglesia cristiana. Al cabo de veinte años, obtuvo el presentarse al emperador, vestido de mandarina. Ching-tsong le acogió honoríficamente, aceptó con agrado los regalos de los Portugueses que Ricci le presentó, principalmente un reloj de repetición, y le concedió una pensión, con la facultad de predicar. Hizo muchos prosélitos, entre otros el hijo de uno de los principales mandarines (Siu), que fué despues colao, es decir, primer ministro, y su sobrina Cándida, que construyó varias iglesias, dió dinero para edificar otras, hizo traducir é imprimir 133 pequeños tratados, un comentario sobre la Biblia, la *Suma* de Santo Tomas, y otros libros, y educar en el Cristianismo á muchos niños expósitos. El emperador admirándola, le confirió por un decreto el título de *mujer virtuosa*, uniéndole á él un traje magnífico, que Cándida estrenó el día de su natalicio, y despues fué poco á poco quitándole la plata y las perlas, para socorrer con ellas á los pobres.

Sucumbió Ricci en 1610, no tanto por las fatigas apostólicas como por las visitas, las comidas y demas ceremonias inevitables en aquel país. Sus últimas palabras fueron para recomendar el « proceder sin ruido, y no alejarse

« de la costa mientras que la mar estuviese » agitada. » Le reemplazó en su noble tarea el padre Adan Schaal, de Colonia, casi tan célebre como él, que hasta fundió cañones para rechazar á los Tártaros, y fué nombrado despues consejero director del cielo en el reinado del primer emperador manchú, esto es, presidente del tribunal de las matemáticas, con objeto de que se ocupase en reformar la astronomía por los métodos europeos: recibía además el título especial de maestro de las ciencias sutiles. Se aprovechó del favor que disfrutaba para obtener que el Cristianismo se predicase libremente, de modo que desde 1650 hasta 1664, cien mil Chinos recibieron el bautismo.

Chun-si continuó favoreciendo á los Jesuitas; dió al padre Schaal el título de *mafa*, padre mio, y le permitió presentarle memoriales, sin mediación de ningún tribunal. Pero el lenguaje franco del padre al reprenderle sus vicios, hizo que el emperador prestase oídos á sus enemigos, los cuales decían que los Jesuitas no podían ser sino gente perversa, pues que se veían precisados á salir de su patria; adoradores de uno que había intentado ceñirse la corona de rey, lo que le valió ser ajusticiado entre ladrones, y que ahora proyectaban la conquista de la China. Empezaron entónces las persecuciones, y el venerable anciano se vió arrastrado de prisión en prisión, teniendo que comparecer ante los tribunales, donde consiguió justificarse y hacer creer que su religión era verdadera, porque las reglas matemáticas que había enseñado lo eran como también sus predicciones astronómicas (1). No se podía esperar nada mejor de un gobierno cuya máxima fundamental es la tolerancia, ó para hablar con mas exactitud, la indiferencia religiosa.

El sultan de Turfan, descendiente de Chagatai, primogénito de Gengis-kan, envió á solicitar del emperador el título de vasallo, y lo obtuvo, á condicion de renovar cada cinco años el homenaje, no debiendo componerse la embajada de mas de 100 hombres, sin ninguna mujer. La Europa trató también de entablar relaciones inmediatas con la China, y la primera embajada regular que llegó á la corte de Pekin fué la de los Rusos, en 1655; pero como no quisiesen someterse á las nueve postraciones exigidas, fueron despedidos sin tardanza. Dispuestos se hallaban á acceder á todo los Holandeses, que acudieron aquel mismo año con la solicitud del libre tráfico; pero Chun-si les contestó: « Considerando la gran distancia á » que se encuentra vuestro país, y que los » vientos que soplan en estas costas pudieran » causar daño á vuestros barcos, con sumo disgusto por mi parte, deseo, ya que anhelaís » venir aquí, que no lo hagáis sino una vez

(1) En la *Description géographique, historique, chronologique, politique et physique de l'empire de la Chine et de la Tartarie chinoise*, del padre Du HALDE, magnífica edición hecha en Paris en 1735, se encuentran los retratos del colao Siu, de Cándida, y de los padres Ricci, Schaal y Verbiest, vestidos con el traje que adoptaron en aquel país.

» cada ocho años, con solo cien personas, á veinte de las cuales se permitirá trasladarse » adonde está mi corte. »

Estos embajadores fueron recibidos en union de los demas, colocados todos con la regularidad del ceremonial chino. En primer lugar estaba el representante de los Tartaros Occidentales, de que acabamos de hablar, con medio cuerpo desnudo y el resto cubierto de pieles de oveja, calzones que le caían sin gracia hasta média pierna, y en su gorra un penacho de crin de caballo. Despues iba el embajador del Dalai-lama, pontífice de los conquistadores de la China, vestido sencillamente de amarillo. Seguía á este el enviado del gran Mogol Schandjihan I, señor de la India, del Decan y de una parte de la Persia, con cien millones de súbditos. El boato del embajador estaba en consonancia con la grandeza del monarca; su regalo consistió en 336 caballos magníficos, un gran diamante y muchas otras piedras preciosas. Los Holandeses, disimulando su cualidad de diputados de una compañía de mercaderes, se atribuyeron la categoría de virey, lo que les valió ser colocados despues del ministro del gran Mogol.

Kang-i.
1662-
1722.

El tartaro reinante, cuando ya no tuvo obstáculos ni rivales, alojó las riendas á sus pasiones. Enamorado de una dama tartara, maltrató á su marido hasta el punto de causar su muerte; en seguida se casó con la viuda; pero habiendo muerto esta tambien al poco tiempo, el inconsolable amante quería suicidarse: luego degolló treinta hombres sobre su hoguera, y habiéndose hecho afeitarse la cabeza, se puso á correr dando ahullidos, como atacado de locuras, de pagoda en pagoda. Cuando le volvió la razon, experimentó gran dolor al conocer lo mal que habia gobernado á sus súbditos, y se dispuso á morir. Dejó un hijo de ocho años, que fué célebre, con el nombre de Kang-i, es decir, inalterable paz. La regencia, su largo reinado, sus victorias y su gloria, hicieron que se le comparase con frecuencia á Luis XIV por los Jesuitas, que trasladaban entónces á la Europa la relacion de los sucesos de la China, y traducian sus principales libros (1).

Los regentes empezaron por arrojar del palacio á cuatro mil eunucos, prohibiendo á los em-

(1) Las obras principales publicadas entónces por los Jesuitas, concernientes á la China, son:

INTORCETTA, *Sinarum scientia politico-moralis*. Coa, 1669, escrita en latin y en chino. Ha sido parafraseada en el *Confucius Sinarum philosophus, sive scientia sinensis latine exposita*. Paris, 1687, con la adición de *Monarchie sinica tabula chronologica* del padre COUPLÉT.

F. NOEL, *Philosophia sinica*. Praga, 1811. *Sinensis imperii libri classici sex, e sinico idiomate in latinum traducti*. Id.

DU HALDE, *Description géographique, historique, chronologique, politique et historique de l'empire de la Chine*. Id. 1735.

GAUBIL, *Le Chou-Kint*. traduit, Paris, 1770.

DE MAILLA, *Hist. générale de la Chine, traduite du Tong-kien-kan-gmou*. Id. 1785.

En 1776 se empezaron á imprimir las *Mémoires concernant l'histoire, les sciences, les arts, les mœurs, les usages, etc., de la Chine par les missionnaires de Péking*, que han seguido publicándose hasta nuestros días.

peradores elegir á ninguno de estos en lo futuro para los empleos ó dignidades. Cosinga, hijo del pirata de que ya hemos hablado, continuaba amenazando al Celeste Imperio, y hasta habia sitiado á Nanking; pero sorprendido y precisado á retirarse, atacó la escuadra tartara, cogió cuatro mil prisioneros, y los abandonó en la costa despues de haberles cortado la nariz y las orejas. Entónces el paternal gobierno chino, para impedir que se divulgase la vergüenza de la derrota, mandó darles muerte en el mismo sitio, alegando que debieron haber perecido con las armas en la mano. Cosinga atacó á Formosa, y aunque los Holandeses disparaban contra él una excelente artillería, los venció, y estableció en aquella isla una administracion á la usanza china. Pero vivió poco, y tuvo por sucesor á su hijo Chin-King-mai. Por una de aquellas medidas á las cuales solo recurren los gobiernos despóticos, se dió orden de abandonar las costas de seis provincias, hasta tres leguas distante del mar, destruir las fortalezas, las aldeas, las casas, y cesar en todo comercio marítimo. En la misma época el gran rey frances ordenaba en Europa una devastacion igual; pero á nosotros no han llegado las maldiciones que, así como contra este último, habian lanzado contra el monarca chino los pueblos expulsados de sus casas y privados de la pesca, su único recurso. Este remedio fué eficaz contra el pirata, y los Holandeses que, en aquella ocasion, habian hecho causa comun con los Chinos, obtuvieron en recompensa nuevos privilegios.

El jóven príncipe, dotado de un juicio superior á su edad, habiéndose encargado del gobierno, se mostró justo, inflexible y amigo de las ciencias. Aquel U-san-kuei que habia cooperado sin prevision á la grandeza de los Manchúes, se retiró al principado que se le habia concedido, donde empezó á fortificarse. El emperador, receloso, lo mandó llamar; pero él contestó: « Si me necesitan, iré; pero al frente de » ochenta mil guerreros. » En efecto, tomando de nuevo el traje y las insignias chinas, alzó el grito nacional, que encontró eco. Ayudábale una conjuracion que su hijo habia urdido en Pekin, pero fué descubierta. Otros enemigos surgian tambien en el imperio, y un descendiente de Gengis-kan se disponia en la Tartaria á resucitar las pretensiones de su estirpe.

La nueva dinastía se veía, pues, asediada de circunstancias muy difíciles; pero Kang-i, careciendo de las tropas necesarias, suplió con su actividad semejante falta. Sofocó las discusiones mal avenidas entre ellos, y rechazó á U-san-kuei, que poco tiempo despues murió con el dolor del que deja á su patria avasallada sin remedio, transmitiendo el vano título imperial á su hijo menor, que fué despues desposeído, y se dió la muerte para librarse del suplicio. El hijo del terrible pirata Cosinga se vió tambien obligado á entregar á Formosa al emperador, y atroces suplicios aseguraron la dinastía manchú.

1689.

1663.

Entónces el emperador pudo pensar en dirigir sus armas contra el extranjero. Galdan, jefe (*contaise*) de la tribu mogola de los Elutos, una de las cuatro ramas de la nacion zúngara, resto de los Mogoles, que prevaleció sobre las demas, habia adquirido, con ayuda de crímenes y de intrigas, la autoridad suprema, y apoyándose en Dalai-lama, que recordaba los servicios de los Mogoles, parecia querer reunir, avasallándolas de nuevo, las hordas mogolas del ala izquierda y restablecer el poder de Gengis-kan en toda el Asia. Valiente como él, y no ménos feliz, quitó á los musulmanes Samarcanda, Bucara, los Purutas, Yerkiyang, Kasgar, Turfan, Kamul, y se habia adelantado hasta el Orgon. Entónces Ayuka, jefe de los Turgantes, otra nacion zúngara, huyendo de Galdan, se refugió entre el laik y el Volga, con permiso del czar Fedor, hermano de Pedro el Grande, de quien se declaró vasallo. Los Kalmucos que habitan hoy en Rusia, son restos de aquellas hordas de Zúngaros. Kang-i marchó contra Galdan, y despues de largas alternativas, obtuvo su sumision, á lo ménos en la apariencia. Kang-i se fiaba tan poco de él, que resolvió penetrar en persona en el territorio de los Mogoles. El padre Gerbillon le acompañó en aquel viaje, cuya descripcion nos há dejado. Varios príncipes, tributarios de Galdan, se sometieron, y él mismo iba á verse reducido á entregarse al emperador, cuando la muerte le libró de tal humillacion. Algunos años costó el avasallar enteramente los hordas del Asia Central y pacificar el Tibet.

Tales fueron las glorias del Luis chino, y tampoco le faltó la de las letras. Él mismo estaba versado en ellas, y sus poesias comprenden mas de 100 tomos, ademas de las reglas de política que escribió. Hizo componer un considerable número de obras por letrados, entre otras un diccionario chino-manchú, no por orden alfabético, sino por orden de materias; en su tiempo se tradujeron al tartaro los King y otras obras morales é históricas; se comentaron los libros clásicos, y se reunieron los mejores trozos de elocuencia y literatura. Concedió su favor á los Jesuitas, que recibieron de él una suntuosa hospitalidad, ménos como misioneros que como sabios; gustaba de su conversacion, y sobre todo de la del padre Verbiest, que eligió para que le enseñase la gnomónica, la geometría, la agrimensura y la música, complaciéndose en reconocer el vínculo que une á estas ciencias entre sí. Los padres Bouvet, Régis, Jartoux, Fridelli, Cardoso du Tartre, de Mailla y Bonjour formaron mapas del imperio, y mientras que los precedentes no abrazaban mas que el país comprendido dentro de la muralla, y no estaban graduados, los trazados por estos padres tuvieron por base la triangulacion y las observaciones del cielo y de la brújula.

No impidió esto que Kang-i persiguiese á los Cristianos. Al paso que otras religiones son allí

toleradas, la nuestra repugna demasiado á su hábito, obra inmediatamente sobre la moral y la política, reprueba como profano el culto de sus mayores y aproxima en las iglesias á los dos sexos. Informado Chin-sung en 1615 por el tribunal de los ritos, que estos extranjeros turbaban la tranquilidad y maquinaban un levantamiento general, mandó que fuesen conducidos á Canton, para que desde allí se volvieran á sus respectivos países. Este edicto fué renovado durante la menor edad de Kang-i, y el padre Schaal fué condenado á ser hecho diez mil pedazos; pero ocurrieron á la sazón terremotos tan violentos y tan prolongados que quedó arruinada gran parte de Pekin, y la corte tuvo que alojarse en tiendas. Estos desastres se tomaron como una señal de la desaprobacion celeste, y en su consecuencia se concedió un perdon general (1). Los misioneros fueron á pesar de todo desterrados en seguida, excepto

1692.

(1) Verbiest conservó en la corte sus costumbres austeras, llevando el cilicio debajo de sus magníficos vestidos. Murió en 1688 á la llegada de los nuevos matemáticos, y creemos se leerá la descripcion de sus funerales con placer. El emperador mismo compuso su elogio para que fuese pronunciado delante del féretro despues de tributarle los honores que allí son de costumbre. « Considero, decia, que el padre Verbiest abandonó » la Europa voluntariamente para venir á mi reino, y pasó » gran parte de su vida consagrado á mi servicio. Debo declarar en honor suyo que en todo el tiempo que presidió á los matemáticos, jamas salieron falsas sus predicciones. Dócil á mis órdenes, se mostró siempre diligente, exacto, fiel, » asiduo en el trabajo y de un carácter igual. En cuanto supe » su enfermedad, le envié mi médico; pero cuando llegó á mi noticia que el sueño de la muerte le habia separado de nosotros, sentí el mas vivo dolor, mandé doscientas onzas de » plata y muchas piezas de seda para honrar sus exequias, y » quiero que este edicto sea un testimonio público de mi sincero afecto. »

Muchos grandes, siguiendo el ejemplo del emperador, escribieron en seda elogios de Verbiest, que se colgaron en la sala donde estaba expuesto. El día de los funerales envió el emperador, para que le representase, á su suegro con uno de los personajes principales de la corte, un gentil hombre de cámara y cinco oficiales de palacio. El cadáver estaba encerrado en una caja de madera, de cuatro pulgadas de espesor, barnizada y dorada, la cual fué expuesta en la calle bajo un pabellon blanco, que es el color de luto en la China, y con guirnaldas de diversos colores; debian llevarla á cuéstras sesenta hombres. Así atravesaron dos largas calles rectas; aparecia primero un cuadro de veinticinco piés de alto y cuatro de ancho, en el cual estaban escritos en letras de oro sobre fondo encarnado el nombre y los títulos del difunto; precedia una banda de músicos; seguía otra con banderolas, estandartes y guirnaldas. Luego una gran cruz, adornada tambien de banderolas, entre dos filas de Cristianos que tenian en una mano la vela, y en otra el pañuelo para enjugarse las lágrimas. A continuacion se veía una imagen de la Virgen y de San Miguel, con muchos adornos, y el retrato del muerto con el elogio compuesto por el emperador; despues Cristianos y misioneros de luto, detras de estos el ataúd, en medio de los personajes, enviados por la corte, y de otros señores á caballo, y por último cincuenta jinetes. Cuando llegaron al lugar de la sepultura, una vez terminadas las ceremonias católicas, se arrojaron los misioneros para oír al suegro del emperador, que se expresó así, en nombre de este: « El padre Verbiest prestó grandes servicios » al Estado, y su majestad, que está persuadido de ello, me » ha enviado con estos señores, para tributarle públicamente » este homenaje y dar una prueba del singular afecto que siempre le tuvo, así como del dolor que le ha causado su muerte. » Los misioneros contestaron como convenia: al cabo de algunos días el tribunal de los ritos presentó al emperador una peticion, para que se hiciesen nuevos honores al difunto. El monarca decretó setecientos taels de plata con objeto de construirle un mausoleo, y ademas ordenó que se grabase en mármol el elogio que habia compuesto. El Italiano Grimaldi sucedió al padre Verbiest en la presidencia de los matemáticos.